

sear; porque en aquella sacratísima humanidad hallarán toda suavidad, regalo y gusto: porque para los ojos será una hermosísima vista sobre toda hermosura; para los oídos solo una palabra suya será mas suave y dulce que toda la música de los celestiales espíritus; para el olfato será la fragancia olorosísima de su sacratísimo cuerpo sobre todo ámbar y aromas; para el tacto y gusto el besar sus piés y sus sacratísimas llagas será sobre toda suavidad y dulzura.

Es tambien mucho para advertir que tendrán los hombres algunos mas gozos particulares que no tendrán los Ángeles. Lo primero, se gozarán de las lauréolas de Doctores, Vírgenes y Mártires, y ningun Ángel tendrá esta gloria de haber muerto por Cristo y derramado su sangre, ni de haber vencido su carne, y entre varias luchas y combates haberla sujetado á la razon: por lo cual dijo san Bernardo que la castidad de los hombres es mas gloriosa que la de los Ángeles. Además de esto tendrán los hombres la gloria de los cuerpos y gozos de todos sus sentidos, lo cual no tendrán los Ángeles; porque así como les faltó el enemigo del espíritu, la carne, así tampoco tendrán la gloria de su victoria; y como no tuvieron que refrenar sentidos, tampoco tendrán sentidos que gocen el premio de su mortificacion y penitencia. Tambien no tendrán los Ángeles este gran gozo de ser redimidos por Cristo del pecado, y de tantas condenaciones al infierno, como veces han pecado mortalmente los hombres; y verse libres en el cielo de tan horrendo mal y de tantos enemigos del alma, los cuales no tuvieron los Ángeles, causará inefable gozo.

CAPÍTULO VI.

La excelencia y perfecciones de los cuerpos de los Santos en la vida eterna.

No dejemos de considerar tambien lo que será el mismo hombre cuando sea eterno, cuando despues de resucitado entre en cuerpo y alma en los cielos. Corramos siquiera con la consideracion todos los géneros de bienes que nos aguardan en aquella tierra prometida; porque cuando Dios prometió á Abraham la tierra de Palestina, le mandó juntamente, que la mirase, anduviese y rodease primero por todas partes: *Levanta los ojos*, dice el Señor (1), *mira desde el lugar en que ahora estás al Aquilon y Mediodia, al Oriente y Occidente: toda la tierra que ves te daré á tí y á tu linaje para siempre*; y luego dice: *Levántate, anda la tierra en ancho y largo, porque te la tengo de dar*. Estas palabras podemos tener por dichas á nosotros, pues nos han prometido el reino de los cielos, porque no entrará en él quien no le haya deseado, y no le deseará como conviene quien no le hubiere andado con la consideracion; porque lo que no se conoce, mal se puede desear: y así debemos contemplar muchas

(1) Gen. XIII.

veces su grandeza, lo largo de su eternidad, y lo ancho y dilatado de su felicidad, la cual se extiende tanto, que no solo al alma, pero al cuerpo, le llena de dicha y gloria; porque la gloria del alma redunda en el cuerpo, llenándole de cuatro dotes excelentísimos con que le perfecciona y llena de toda la felicidad que puede desear. El ver Moisés á un Ángel en figura corporal y por las espaldas, y solo de paso, le causó una alegría tan incomparable con la luz y hermosura que echó de sí, que no le cabía el corazon en el pecho, quedando en el rostro de Moisés unos resplandores divinos que le comunicó aquella vista: el ver un bienaventurado al mismo Dios como es en sí, y cara á cara y de propósito, ¿de qué gozo y luces no le llenará, y las comunicará al cuerpo? Porque fuera de una suma hermosura y perfeccion que han de tener aquellos cuerpos gloriosos (1) que han de tener todos, y vestir de una luz divina y tan clara que ha de aventajarse siete veces á la del sol, como advierte Alberto Magno (2); porque si bien en el Evangelio solamente se dice que los justos han de resplandecer como el sol, pero el profeta Isaias dijo (3) que entonces habia de lucir el sol siete veces mas que ahora resplandeciese: servirá á los Santos de vestidura esta claridad inmensa, por ser la luz la claridad mas hermosa y excelente de todas las corporales.

¿Qué emperador vistió mas resplandeciente y vistosa púrpura? ¿Qué majestad se ha visto mayor que la que echará de sí tal resplandor? Herodes el dia de su mayor grandeza (4) solo la pudo mostrar con vestido de plata admirablemente tejido, que para resplandecer habia de ser herido del sol; con todo eso, por aquel ligero resplandor fue saludado por Dios. ¿Qué respeto se deberá á un bienaventurado que estará, no digo vestido de oro, no vestido del sol, pero será mas claro y resplandeciente que el mismo sol? Júntense todos los diamantes mas resplandecientes, los rubies mas ardientes, los carbunclos mas lúcidos, guarnézcase con ellos una ropa imperial; no será todo mas que carbones, respecto de un cuerpo glorioso, el cual todo será mas transparente y claro y resplandeciente que si fuera esmaltado de diamantes. ¡Oh vileza de las riquezas mundanas! Todas ellas no pudieron hacer un vestido tan vistoso. Y si acá se tiene por grande gala traer en un dedo una sortija de un diamante que resplandezca algo, ó en el pecho una joya que tenga algun precioso carbuncho, ¿qué será tener todas las manos, piés, pecho y todo el cuerpo mas resplandeciente que toda joya preciosa, y que esta joya no sea postiza ni prestada, sino propia de nuestro cuerpo? Porque las galas y ornamentos de los vestidos de la tierra antes son de afrenta á los que los traen, así porque arguyen necesidad é imperfeccion en sus cuerpos, pues han menester suplir lo que á ellos les falta con cosas ajenas, como tambien porque el vestido se nos dió como un sambenito cuan-

(1) Matth. XIII. — (2) Albert. Magn. in Compend. Theolog. l. 7, c. 8.

(3) Isai. XXX. (4) Joseph. lib. 19, cap. 6.

do fue echado Adán del paraíso; y ¿quién ha habido tan loco y desvergonzado en el mundo que, penitenciado por sus delitos á traer un sambenito, le echase guarniciones preciosas é hiciese gala de traerlo? El ornato y atavío de los Santos no ha de ser de esta manera: no ajeno, sino propio; no de fuera solamente, sino aun en las mismas entrañas han de tener inmensa claridad y decencia, siendo todas las partes de su cuerpo interiores y exteriores mas transparentes que el cristal, mas resplandecientes que el sol. Por prodigio grande se propone en el Apocalipsis una mujer vestida del sol y coronada de doce estrellas: este ornato bien se ve cuánto mas bizarro fuera que cualquier otro del mundo, donde se tuviera por gran bizarría traer doce diamantes y un precioso carbunco; ¿y qué tienen que ver los diamantes con las estrellas y un carbunco con el sol? Pero no llegará todo aquel ornato del sol y estrellas á ser igual gala con la que tendrán los Santos del cielo, pues no será ajena ni postiza como lo era el ornato de aquella mujer del Apocalipsi.

La autoridad que han de tener los Santos con este don de claridad ha de ser mayor que de ningun rey de la tierra. Fuera grande majestad de un príncipe si cuando saliera de noche le fuesen acompañando mil pajes con hachas encendidas. Por cierto que, aunque llevasen en lugar de hachas estrellas, no sería mayor su autoridad que la de un Santo del cielo, que por su misma persona traerá tan grande luz como fuera ahora siete veces doblada la del sol. ¿Qué mayor felicidad que no tener necesidad de este sol, del cual necesita tanto el mundo? Porque no habrá noche para el justo, y él mismo trae consigo el día y la claridad; y ¿qué mayor autoridad que resplandecer mas que el sol, trayendo consigo mas majestad que le pudieran dar todos los hombres de la tierra si le fuesen acompañando con lúcidas antorchas? El solo ver san Pablo este dote de claridad en Cristo le hizo quedar sin pulsos ni sentido por algunos dias, y porque le vió san Juan solo el rostro resplandecer, cayó en tierra como muerto, no pudiendo sufrir el cuerpo mortal el resplandor de tanta majestad. San Pedro, porque vió algo de esto en la transfiguracion, cuando estaba Cristo aun en carne mortal, le pareció tan glorioso aquel lugar, que no se quisiera apartar de allí. Pero ¿qué mucho que en Cristo se mostrase tan glorioso este don, pues los resplandores del rostro de Moisés, estando en cuerpo perecedero y caduco, no los podia sufrir el pueblo de Israel? Cesareo escribe (1) de un gran letrado de la universidad de París que estaba ya para morir, y pensaba cómo sería posible que Dios hiciese de su cuerpo de lodo que luciese como el sol. Mas queriéndole el Señor consolar y confirmar en el artículo de la resurreccion, le salió al mismo enfermo tan gran resplandor de los piés, que no pudiendo sufrir los ojos su grandeza los hubo de apartar. Tambien en los muertos se ha visto este don de luz tan maravilloso: del cuerpo de santa Margarita, hi-

(1) Cesar. lib. 12 Mir. c. 54.

ja del rey de Hungría, salian tales resplandores, que parecian del cielo; y en otros Santos, aun despues de muertos, han sido tan grandes, que los ojos no podian mirarlos. Pues si en cuerpos sin alma es tan hermosa esta vestidura de luz, ¿cuánto hermoseará en los cielos á los cuerpos resucitados, hermosísimos, perfectos y vivos con alma gloriosa, y en la vida eterna? San Juan Damasceno dijo de la luz de este mundo que era el honor y atavío de todas las cosas; la luz inmortal de aquella gloria eterna ¿cómo ataviará y hermoseará á los Santos? Porque no solo les hará lucir con su candor, pero con diversidad de colores se mostrará en muchas partes mas vistosa. En la corona de las Vírgenes se mostrará blanquísima, en la de los Mártires roja, en la de los Doctores excederá tambien con particular resplandor: no solo en las cabezas de los Santos, sino en los otros miembros, tendrán varios esmaltes. Y el cardenal Belarmino dice (1): *Allí relucirán los cuellos de san Juan Bautista y san Pablo con una increíble hermosura, como ataviados con un collar de oro.* ¿Qué espectáculo tan digno de ser visto como ver lucir con tanta hermosura y claridad á innumerables Santos? ¿Qué luz será la del cielo nacida de tantas luces, ó por mejor decir, de tantos soles? Cuantas mas hachas se juntan, mas claridad resulta de todas. ¿Cuánta será la claridad de aquella ciudad santa, donde innumerables soles habitarán? Y si con la vista de cada uno crederá mas el gozo, con la vista de un número sin número ¿qué medida podrá tener el gozo que de tan hermoso espectáculo debe resultar?

§ II.

Pues así como han de estar los Santos tan llenos de luz, han de gozar tambien de los privilegios de la misma luz, la cual tiene esta prerogativa entre todas las cualidades materiales, que no tiene contrario; y así es impassible: tambien aquellos cuerpos gloriosos han de ser impassibles, y no han de tener cosa contraria. Además de esto, no hay cosa mas ágil y presta que la luz; porque fuera de que los cuerpos mientras mas resplandecientes son mas ligeros y prestos, pues no hay elemento mas veloz que el fuego, porque tiene luz, y el sol y las estrellas son las naturalezas mas ágiles y veloces del mundo, y la misma luz es tan presta, que en un instante se extiende á toda su esfera: de la misma manera los cuerpos gloriosos han de tener gran agilidad y ligereza, que se podrán mover donde quisieren con mayor presteza que se mueven las estrellas. Tambien la luz es tan sutil, que no halla estorbo para pasar, aunque encuentre algunos cuerpos bien sólidos: ni es todo el cuerpo y esfera del aire estorbo para que la luz del sol no nos alumbre, y por cuerpos tan macizos como el cristal y los diamantes y otras piedras penetra la luz: pues mucho mejor aquellos cuerpos gloriosos han de tener tan gran don

(1) Belarm. Concion. de Beat. celest. p. 2.

de sutileza, que no habrá cuerpo que les impida, y por cualquiera parte penetrarán. Por todo esto se llaman con nombre de luz los Santos en la sagrada Escritura, y en especial se dice que los caminos de los justos serán como una luz resplandeciente del mediodía; porque así como la luz camina impasible por lugares cenagosos é inmundos sin contaminarse, y hace su jornada con presteza y penetrando por otros cuerpos, así los Santos junto con la luz que les da el dote de claridad tienen el dote de impasibilidad, como la luz, para no contaminarse en nada; el de agilidad, para moverse con suma ligereza, y el de sutileza, para penetrar por donde quieran.

Los bienes que hay en estos privilegios y dotes de los cuerpos gloriosos son mas que cuantos males hay en esta vida mortal; porque solo el dote de la impasibilidad da en tierra con todas las miserias de esta vida que padecen los cuerpos; quita el cansancio de la vida, el frio del invierno, el calor del estío, las enfermedades, los dolores, las lágrimas, las necesidades todas; lo cual es un bien incomparable, porque con solo quitar la necesidad del comer quita infinitas necesidades y cuidados. Considérese qué embarazados andan los hombres por sustentar la vida, pues toda la ocupan en esto: el labrador arando, sembrando y segando; el pastor sufriendo el hielo y el estío; el criado sirviendo y obedeciendo á voluntad ajena; el rico cuidando y temiendo. ¿Cuántos riesgos se pasan en todos estados por asegurar la comida? De todo esto exime el dote de la impasibilidad al justo. El cuidado del vestido no embaraza menos que el cuidado de la comida: la salud da tambien grande cuidado, porque cuando cae uno enfermo se doblan las necesidades; pero de todas se libra el que es impasible, y está libre, no solo de las penalidades de esta vida, pero si en el mismo infierno entrara, no se quemara un pelo.

La prerogativa tambien del don de agilidad es grandísima, y se puede echar de ver por lo que ha menester uno para una jornada larga, por mas acomodado que la haga, cuán cansado llega y cuán peligroso es, pues aun cuando se llega con salud, ha menester curarse y prevenirse con tiempo para no enfermar gravemente. Por mas regaladamente que camine un rey ha de ser en coche ó en litera; mas no puede dejar de pasar cuestras, montes y peligros, y gastar largo tiempo; pero con el don de agilidad en un cerrar y abrir de ojos se pondrá un Santo donde quiera, y millones de leguas no serán mas dificultosas que dar un paso. Maravillanos grandemente lo que se dice de san Antonio de Padua, que sin hacer noche se puso desde Italia en Portugal para librar á su padre condenado á muerte; lo que hizo nuestro patriarca san Ignacio, que se puso desde Roma, donde estaba, sin ser echado menos, en Colonia de Alemania, y tornó otra vez á Roma en menor espacio que dos horas. Pues si á los cuerpos mortales de sus siervos ha comunicado Nuestro Señor tal don, ¿cuál será el que comunicará en el cielo á sus Santos? ¿Qué gracia

tan particular fuera la de uno que pudiera en un dia correr todos los reinos del mundo, y ver en ellos lo que pasaba? Si en menos que una hora se pudiera poner en Roma deteniéndose en ver aquella ciudad, cabeza del mundo; luego en otra hora pudiera pasar muy de espacio á Constantinopla, y reconocer aquella corte del imperio oriental; en otra hora llegar al Cairo, y ver de propósito aquella multitud de pueblos; en otra á Goa, corte de la India, y considerar sus riquezas; en otra á Pekin, asiento de los reyes de la China, y admirar la latitud de sus términos; en otra hora á Meaco, corte del Japon; en otra á Manila, en las islas Filipinas; en otra á Ternate, en las Molucas; en otra á Lima, en el Perú; en otra á Méjico, en la Nueva-España; en otra á Lisboa, en Portugal; en otra á Madrid; considerando despacio lo que habia en estas sillas y cortes de reinos: si esto fuera un admirable privilegio, ¿cuál será el de los cuerpos gloriosos que en brevisimo tiempo podrán atravesar los cielos, dar vuelta á la tierra, al sol, al firmamento, y considerar cuanto hay sobre las estrellas y en el cielo empíreo? San Gregorio escribe en sus Diálogos (1) que acometiendo un soldado á matar á un santo varon, teniendo ya la espada desnuda para descargar el golpe, él dió voces diciendo: San Juan, detente; y al punto detuvo el Santo la mano al soldado, de suerte que no la pudo mover. ¿Con cuánta presteza oyó san Juan desde el cielo á quien le invocaba en la tierra, y con cuánta velocidad bajó á ayudarle, deteniendo y secando el brazo del malhechor, pues previno el golpe ya intentado? No han de tener menos velocidad los cuerpos gloriosos que ahora tienen los espíritus. La gravedad del cuerpo no les ha de causar ningun peso: así de la misma manera andarán y pararán en el aire que en el agua, y por la tierra como sobre los cielos. Maravilla fue en san Quirino mártir, san Mauro y san Francisco de Paula que anduviesen sobre las aguas, y fue grande privilegio atravesar rios caudalosos y el mar sin barca ni navío; pero los cuerpos gloriosos al Océano atravesarán, por el aire subirán, por incendios entrarán seguros y sin pena. De san Francisco de Asis se dice que en la fuerza de su contemplacion fue visto levantado en el aire, y el gran siervo de Dios, el P. Diego Martínez, varon santo y apostólico, de nuestra Compañía, se levantaba en la oracion sobre los mas altos árboles y torres, y suspenso en el aire proseguía orando. Si tan grande favor ha hecho Dios á sus siervos en este valle de lágrimas, á los ciudadanos del cielo ¿qué privilegio no dará?

Á tan notable don de agilidad acompaña el de sutileza, con el cual tendrán los cuerpos gloriosos el campo libre por todas partes, sin haber cosa que les impida; no ha de haber estorbo para su movimiento; no habrá cárcel ni encerramiento para ellos. Con mayor facilidad atravesarán los peñascos que una saeta el aire puro; y lo mismo será para ellos subir de la tierra hasta la luna, por donde no hay cuerpo sólido que embarace el

(1) Greg. lib. 3 Dial. c. 36.

camino, que bajar al centro de la tierra, donde la distancia está impedida con cuerpos tan gruesos como peñas y metales, y el elemento mismo de la tierra. Maravillámonos de oír que los zahories ven lo que está debajo de la tierra; maravillémonos de lo que es cierto que, no solo ver, pero entrar, podrán en lo profundo de la tierra los Santos, y averiguar cuántos minerales hubiere en sus entrañas. Escribe Metafraste que á una doncella natural de Edesa se la aficionó un soldado de los godos que estaba en aquel presidio; y no hallando camino para gozarla, pidió se la diesen en casamiento. La madre y deudos no daban lugar á esta plática, fiando poco de un bárbaro y extranjero que, llevándola á tierras tan distantes como eran las suyas, podría hacerla mal trato sin tener quien se lo mandase; mas él perseveró en su demanda, haciendo mil promesas, hasta rendirles. La madre, que aun no se aseguraba como los deudos, no quiso entregarle la hija, hasta que entrando juntos en el templo de los santos mártires Samona, Curia y Abiba, el soldado, haciendo juramento solemne de que la haria buen tratamiento, dió á los tres Santos por fiadores. Hecha la entrega de la doncella, no mucho despues el soldado la llevó á su tierra, donde era casado, y tenia la primera mujer, y para disimular su maldad dió en otra mayor, y como fiera sin piedad encerró viva á la segunda en una sepultura. Allí la pobre mujer, deshecha en llanto, protestaba á los Santos sus fiadores el enorme agravio que recibia: pediales que le hiciesen buena la palabra del soldado. Al punto se le aparecieron ellos en traje glorioso, y dándole un sueño suave, en breve tiempo la pusieron sin lesion alguna en su patria, sin abrir el sepulcro. Ignorante el bárbaro de este suceso, y persuadido que la dejaba ya muerta, volvió segunda vez á Edesa, donde convencido de su delito lo pagó con la vida. Pues si los Santos tienen poder para hacer pasar por otros cuerpos á los de otras personas, ¿cuánto mejor podrán hacer que los suyos penetren por otros cuerpos, y no haya para ellos impedimento alguno?

Finalmente, allí estarán tan llenos de bienes los siervos de Cristo, así en cuerpo como en alma, que no tendrán mas que desear, y podrá cada uno, esperando aquellos bienes eternos, decirse lo que dijo san Agustín: *¿Qué quieres, cuerpo mio? ¿Qué deseas, ánima mia? Allí hallaréis cuanto quereis, allí cuanto deseais. Si os da gusto la hermosura, los justos tendrán la de un sol; si cualquier limpio deleite, allí no uno, sino un mar de los deleites que tiene Dios hartará vuestra sed.* Levántense los deseos humanos á donde solo pueden cumplirse: no deseen cosas de la tierra, que no les pueden llenar, y deseen solo las del cielo, pues son solo grandes, solo eternas, solo las que satisfacen la capacidad del corazon humano.

CAPÍTULO VII.

Como se ha de buscar el cielo, y anteponerse á todos los bienes de la tierra.

Compare ahora el cristiano las miserias de esta vida con las felicidades de la otra, las flaquezas de nuestra naturaleza en este estado mortal con las fuerzas y privilegios de la misma naturaleza en el estado inmortal que nos aguarda, y anímese á conseguir el gozo de la gloria por una eternidad, con solo un corto trabajo de tiempo muy breve. El rey Ciro, cuando quiso ganar el reino de los medos (1), llamó á los persas, mandándoles que viniesen todos con hachas afiladas, y, habiéndole obedecido, los ocupó todo un dia en cortar un gran bosque: despues que lo hubieron hecho con gran diligencia, les convidó el dia siguiente para un grande convite de muchos regalos y fiestas; luego les encargó que cotejasen un dia con otro, y que escogiesen cuál querian mas, el dia del trabajo primero, ó el dia segundo del regalo y regocijo que se siguió despues. Todos respondieron á voces que el dia del descanso y convite. Con esto les alentó para hacer guerra á los medos, prometiéndoles que despues del trabajo que habian de pasar en su conquista habia de suceder gran felicidad y pujanza. Bastó solo esto para que todos los persas le siguiesen, y fuesen con gran riesgo de su vida á señorearse del reino de los medos. Pues si cotejando un trabajo cási igual con el premio fue bastante razon en unos bárbaros para preferir el premio dudoso á un trabajo cierto, ¿por qué no bastará á los cristianos un premio cierto que es inmensamente mayor que el trabajo? Cotejemos el convite y cena de la otra vida con los trabajos de esta: cotejemos la grandeza del reino de Dios con la pequeñez de nuestros servicios: cotejemos los bienes del cielo con los de la tierra; y nos parecerá todo trabajo regalo, y todo servicio descanso, y toda felicidad de la tierra miseria y una grande vileza. ¿Qué tiene que ver la honra de esta vida, que es falsa, es dada de hombres mentirosos, es corta y limitada, y de poco tiempo, con la honra que se hace en el cielo al justo, que es verdadera, es dada por Dios, es tan extendida cuanto lo es el cielo, y cuanto en él hay de hombres y Ángeles, es eterna y sin fin? ¿Qué tienen que ver las riquezas, que pueden faltar, que llenan de peligros y cuidados, y que no pueden quitar á sus poseedores toda necesidad, con las que no han de tener fin, y dan toda seguridad y abundancia? ¿Qué tienen que ver los deleites limitados, que dañan la salud, disminuyen la hacienda, é infaman al que los busca, con aquellos inmensos gozos de la gloria, que juntan con el deleite honra y provecho? ¿Qué tiene que ver esta vida llena de miserias con aquella llena de dichas y bienaventuranzas? ¿Y qué tienen que ver las malas calidades de nuestros

(1) Instit. lib. 1.